

Un Cuento Verde

Este cuentecillo verde me lo contó a mí mi amigo Vicente Giner Baixauli, gran catador de cosas sutiles y finas. Yo se lo conté a Vicente Sarrión para que le sirviera de solaz y distracción y Vicente me dijo: —Este cuento no lo publicarán en la revista *ENQUERA* porque es un cuento muy verde. Vicente me dio la idea y yo me dije: —Pues vamos a verlo.

Me gusta lo verde; confieso que tengo propensión a las cosas verdes; todos los días en mis dos principales refrigerios me zampo buenos platos de ensalada; lechuga, escarola, *andivia*, apio, berros, pepino...; me gusta lo verde.

Lo verde me despeja la cabeza, me aclara el entendimiento y las cosas verdes me alegran el espíritu; a la vista de un buen campo de alfalfa se me quita el dolor de cabeza y se me quitan las penas; pienso, si, según esas teorías raras que corren por ahí, mi doble personalidad, mi otra personalidad en ese otro mundo que dicen, en ese otro mundo cósmico, somático y telúrico o como sea, será la de un buen burro catalán, o la de un buen caballo cartujano.

Me gusta lo verde. Pues, si me gusta lo verde, ¿por qué no he de escribir yo un cuento verde? Todos los Gobiernos escriben también libros de colores: el libro rojo de Gibraltar, el libro blanco de los estudiantes; los billetes de mil pesetas —que es cosa muy importante— son también verdes; cuando yo era estudiante —estudiante tunante— eran verdes los billetes de cincuenta pesetas, les llamaban "verdositos" o "aceituneros". ¿Por qué no he de escribir yo un cuentecillo verde? Un cuento verde no es un cuento procaz, ni malsano, todo lo contrario; un cuentecillo verde podrá ser como la tortugueta, es decir, podrá ser la alegría de la casa; porque un cuento verde podrá ser un cuento lozano, un cuento con vida, o un cuento que no está seco, o un cuento alegre, o un cuento tierno, o un cuento con savia; en fin, vaya usted a saber las cosas que puede ser un cuento verde, y yo a fin de cuentas, pues, también prefiero ser un viejo verde más que un viejo seco, porque un viejo verde, ¡señores...!, un viejo verde no es nada, o casi nada; un viejo verde no es esto, ni lo otro, ni lo de más allá: —¡señores...!— un viejo verde no es más que un pobre poeta y nada más.

¿Y qué verde elegiremos para nuestro cuentecillo? ¿Verde mar, verde montaña, verde botella, verde celedón; o acaso elegiremos un verde esmeralda?, o ¿un verde semáforo? ¡Alto, alto, alto ahí! ¡Ese, ese, el verde semáforo!, que es un verde que está muy de moda y que es un verde brillante y tranquilo, agradable a la vista, es un verde de paso y un tanto tranquilizador; pues vamos con mi cuento verde, que es el color que más abunda en la naturaleza, vamos con nuestro verde semáforo.

Una vez, dicen que era un cazador, un apuesto cazador; esto sucedía allá en remotas edades y allá en un lejano país.

El cazador iba cazando por el bosque,

janda que te andarás!, y allá a lo lejos vio un conejito, un lindo conejito chiquitín.

El conejito estaba quietecito, no se movía y el cazador se acercaba cauteloso al conejito.

Cuando ya le tenía a mano, el conejito le sonreía al cazador, enseñándole cariñoso sus dientecitos de conejo chiquitín.

¿Qué tendrá este conejito que está tan quietecito, que no corretea por el bosque, que me sonríe tan cariñoso?, se decía el cazador, y se decidió a cogerlo por las orejitas, lo cogió y le dijo:

—¿Qué haces aquí, conejito, tan quietecito?, ¿por qué no corres por el bosque y por el prado?, ¿por qué me sonríes y me enseñas tus dientecitos chiquitines?

Y el conejito le dijo al cazador:

—Es que yo no soy conejito.

—Pues si no eres conejito, ¿qué eres? —le dijo el cazador—, eres una conejita?

Y el conejito le dijo:

—Tampoco soy conejita.

—Entonces, ¿qué eres? —le dijo el cazador.

Y el conejito le dijo:

—Dame un besito y verás lo que soy.

Entonces el cazador le dio un besito al conejito, y el conejito se convirtió en una princesa oriental de extraordinaria y rutilante belleza, que estaba encantada, y que además estaba también pistonudita.

Entonces la princesita le dijo al cazador:

—Yo soy la hermosura, yo soy la belleza, yo soy el amor... Dame un besito y hazme eso que estás pensando..., te haré feliz y quedarás satisfechísimo y contentísimo.

* * *

... y el cazador fue feliz y quedó satisfechísimo y contentísimo.

Fin

EPILOGO

Y ya después sucedió lo que sucede en todos estos cuentos de hadas, que comieron perdices y que fueron felices..., pero yo me pregunto:

—¿Y qué le haría el cazador a la princesita para quedar tan satisfechísimo y tan contentísimo?

—Pues, nada, ¡señores!, nada. Esto que parece un epílogo bárbaro, pues no es nada, nada, porque el cazador no le hizo nada a la princesita, no le hizo más que lo que pensaba, nada, lo que pensaba...

* * *

¡Sí, sí! ¡Nada, nada! ¡Lo que pensaba...! ¡Menudo pillastrón estaba hecho el cazador...!

MIGUEL CIGES PEREZ

Valencia, agosto 1969.

Un Cuento Verde

Este cuentecillo verde me lo contó a mí mi amigo Vicente Giner Baixauli, gran catador de cosas sutiles y finas. Yo se lo conté a Vicente Sarrión para que le sirviera de solaz y distracción y Vicente me dijo: —Este cuento no lo publicarán en la revista *ENQUERA* porque es un cuento muy verde. Vicente me dio la idea y yo me dije: —Pues vamos a verlo.

Me gusta lo verde; confieso que tengo propensión a las cosas verdes; todos los días en mis dos principales refrigerios me zampo buenos platos de ensalada; lechuga, escarola, *andivia*, apio, berros, pepino...; me gusta lo verde.

Lo verde me despeja la cabeza, me aclara el entendimiento y las cosas verdes me alegran el espíritu; a la vista de un buen campo de alfalfa se me quita el dolor de cabeza y se me quitan las penas; pienso, si, según esas teorías raras que corren por ahí, mi doble personalidad, mi otra personalidad en ese otro mundo que dicen, en ese otro mundo cósmico, somático y telúrico o como sea, será la de un buen burro catalán, o la de un buen caballo cartujano.

Me gusta lo verde. Pues, si me gusta lo verde, ¿por qué no he de escribir yo un cuento verde? Todos los Gobiernos escriben también libros de colores: el libro rojo de Gibraltar, el libro blanco de los estudiantes; los billetes de mil pesetas —que es cosa muy importante— son también verdes; cuando yo era estudiante —estudiante tunante— eran verdes los billetes de cincuenta pesetas, les llamaban "verdositos" o "aceituneros". ¿Por qué no he de escribir yo un cuentecillo verde? Un cuento verde no es un cuento procaz, ni malsano, todo lo contrario; un cuentecillo verde podrá ser como la tortugueta, es decir, podrá ser la alegría de la casa; porque un cuento verde podrá ser un cuento lozano, un cuento con vida, o un cuento que no está seco, o un cuento alegre, o un cuento tierno, o un cuento con savia; en fin, vaya usted a saber las cosas que puede ser un cuento verde, y yo a fin de cuentas, pues, también prefiero ser un viejo verde más que un viejo seco, porque un viejo verde, ¡señores...!, un viejo verde no es nada, o casi nada; un viejo verde no es esto, ni lo otro, ni lo de más allá: —¡señores...!— un viejo verde no es más que un pobre poeta y nada más.

¿Y qué verde elegiremos para nuestro cuentecillo? ¿Verde mar, verde montaña, verde botella, verde celedón; o acaso elegiremos un verde esmeralda?, o ¿un verde semáforo? ¡Alto, alto, alto ahí! ¡Ese, ese, el verde semáforo!, que es un verde que está muy de moda y que es un verde brillante y tranquilo, agradable a la vista, es un verde de paso y un tanto tranquilizador; pues vamos con mi cuento verde, que es el color que más abunda en la naturaleza, vamos con nuestro verde semáforo.

Una vez, dicen que era un cazador, un apuesto cazador; esto sucedía allá en remotas edades y allá en un lejano país.

El cazador iba cazando por el bosque,

janda que te andarás!, y allá a lo lejos vio un conejito, un lindo conejito chiquitín.

El conejito estaba quietecito, no se movía y el cazador se acercaba cauteloso al conejito.

Cuando ya le tenía a mano, el conejito le sonreía al cazador, enseñándole cariñoso sus dientecitos de conejo chiquitín.

¿Qué tendrá este conejito que está tan quietecito, que no corretea por el bosque, que me sonríe tan cariñoso?, se decía el cazador, y se decidió a cogerlo por las orejitas, lo cogió y le dijo:

—¿Qué haces aquí, conejito, tan quietecito?, ¿por qué no corres por el bosque y por el prado?, ¿por qué me sonríes y me enseñas tus dientecitos chiquitines?

Y el conejito le dijo al cazador:

—Es que yo no soy conejito.

—Pues si no eres conejito, ¿qué eres? —le dijo el cazador—, eres una conejita?

Y el conejito le dijo:

—Tampoco soy conejita.

—Entonces, ¿qué eres? —le dijo el cazador.

Y el conejito le dijo:

—Dame un besito y verás lo que soy.

Entonces el cazador le dio un besito al conejito, y el conejito se convirtió en una princesa oriental de extraordinaria y rutilante belleza, que estaba encantada, y que además estaba también pistonudita.

Entonces la princesita le dijo al cazador:

—Yo soy la hermosura, yo soy la belleza, yo soy el amor... Dame un besito y hazme eso que estás pensando..., te haré feliz y quedarás satisfechísimo y contentísimo.

* * *

... y el cazador fue feliz y quedó satisfechísimo y contentísimo.

Fin

EPILOGO

Y ya después sucedió lo que sucede en todos estos cuentos de hadas, que comieron perdices y que fueron felices..., pero yo me pregunto:

—¿Y qué le haría el cazador a la princesita para quedar tan satisfechísimo y tan contentísimo?

—Pues, nada, ¡señores!, nada. Esto que parece un epílogo bárbaro, pues no es nada, nada, porque el cazador no le hizo nada a la princesita, no le hizo más que lo que pensaba, nada, lo que pensaba...

* * *

¡Sí, sí! ¡Nada, nada! ¡Lo que pensaba...! ¡Menudo pillastrón estaba hecho el cazador...!

MIGUEL CIGES PEREZ

Valencia, agosto 1969.